

Minichuchos del Polo Norte

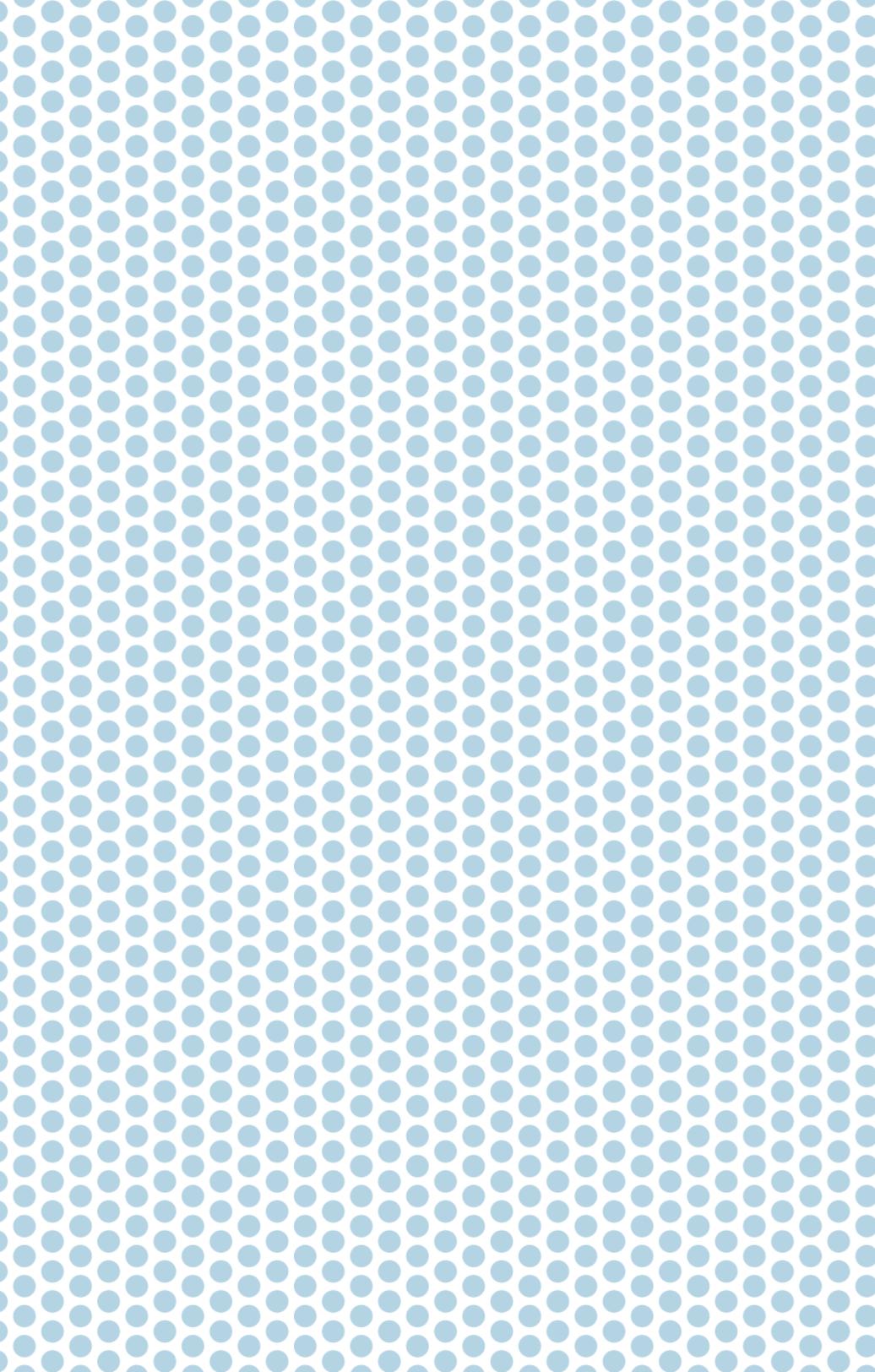
Philip Reeve

Ilustraciones
de Sarah McIntyre



EL BARCO
DE VAPOR







EL BARCO
DE VAPOR

Minichuchos del Polo Norte

Philip Reeve

Ilustraciones de Sarah McIntyre



Primera edición: septiembre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Marta Mesa

Título original: *Pugs of the Frozen Norh*
Traducción del inglés: Xohana Bastida

Pugs of the Frozen Norh fue publicado originalmente en inglés en 2015.
La presente traducción se ha publicado por acuerdo
con Oxford University Press.

© del texto: Philip Reeve, 2015
© de las ilustraciones: Sarah McIntyre, 2015
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

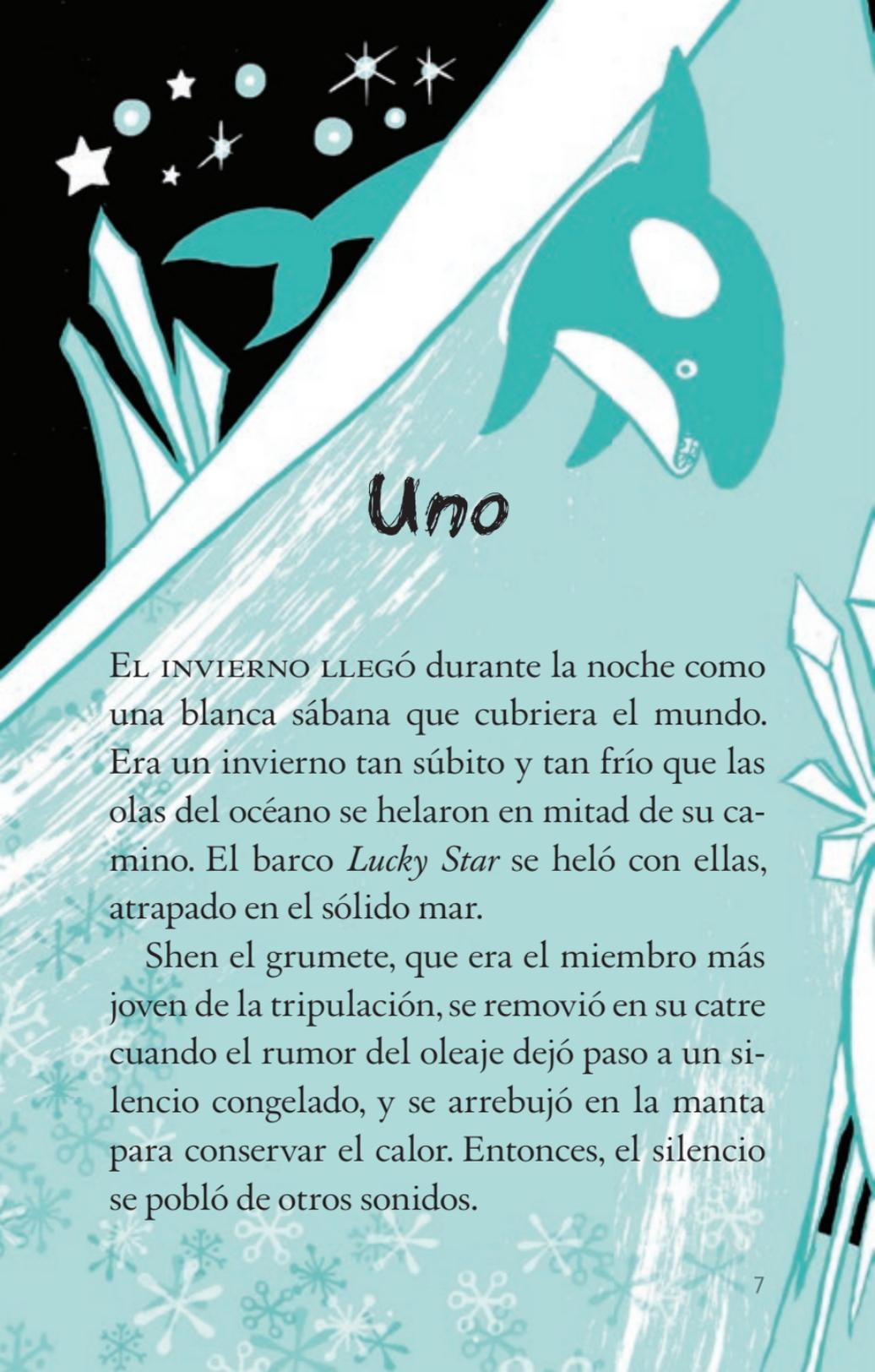
ISBN: 978-84-675-9192-7
Depósito legal: M-21522-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PARA
DULCIE
Y LAURENCE





The illustration features a teal orca swimming in a body of water. The water is depicted with white and teal brushstrokes, suggesting movement and ice. In the upper left, a dark night sky is filled with white stars and blue circles. To the right, there are stylized white ice crystals. The overall color palette is teal, white, and black.

Uno

EL INVIERNO LLEGÓ durante la noche como una blanca sábana que cubriera el mundo. Era un invierno tan súbito y tan frío que las olas del océano se helaron en mitad de su camino. El barco *Lucky Star* se heló con ellas, atrapado en el sólido mar.

Shen el grumete, que era el miembro más joven de la tripulación, se removió en su catre cuando el rumor del oleaje dejó paso a un silencio congelado, y se arrebujó en la manta para conservar el calor. Entonces, el silencio se pobló de otros sonidos.



El casco metálico del barco crujió mientras el hielo afianzaba su presa. Luego, de pronto, sonó la fuerte voz del capitán Jeggings:

–¡Todo el mundo a cubierta!

La tripulación entera se levantó frotándose los ojos legañosos: Bo el Buen Marino, el cocinero Brotedesoja y Shen. Los tres salieron tambaleándose y contemplaron asombrados las olas heladas que se alzaban a su alrededor, blancas y tiesas como merengues gigantes.

–¡No os quedéis ahí pasmados! –berreó el capitán Jeggings, que tiraba de una soga escarchada–. ¡Hay que salir de aquí!

De pronto, la soga se quebró entre sus manos con un chasquido como de cristal. El *Lucky Star* gimió y se estremeció mientras el hielo estrechaba sus garras en torno al casco.

–¿Qué podemos hacer? –preguntó Shen.

Ninguno de sus compañeros supo contestarle: ni el capitán Jeggings, ni Bo el Buen

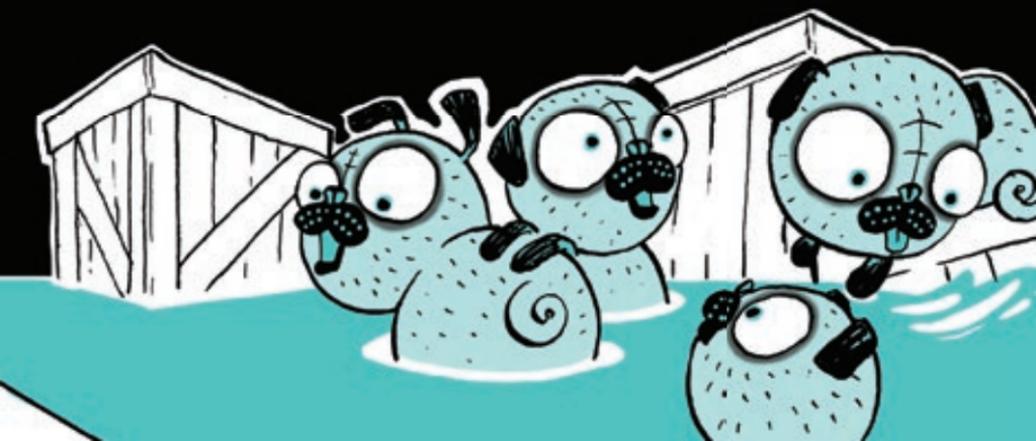


Marino, ni Brotedesoja. Los tres habían capeado tormentas y atravesado cientos de mares, pero jamás habían visto algo así.

Craaaaac... Crunch... Las garras del hielo iban separando las placas del casco y penetraban en el interior del barco. Chaaaf... Glu, glu, glu... El agua fría y negra que aún no se había helado se deslizó en la bodega. El barco se hundió un poco, y los témpanos que colgaban del cordaje tintinearón alegremente. Al capitán Jeggings, sin embargo, no le alegró nada el sonido.

—¡La carga! —gritó—. ¡Hay que salvar la carga!

El *Lucky Star* había navegado todo el verano de puerto en puerto, comprando y vendiendo mercancías: dos mil jerséis bien abrigados de las islas Aran, una moto de nieve de segunda mano... y sesenta y seis perros carlinos



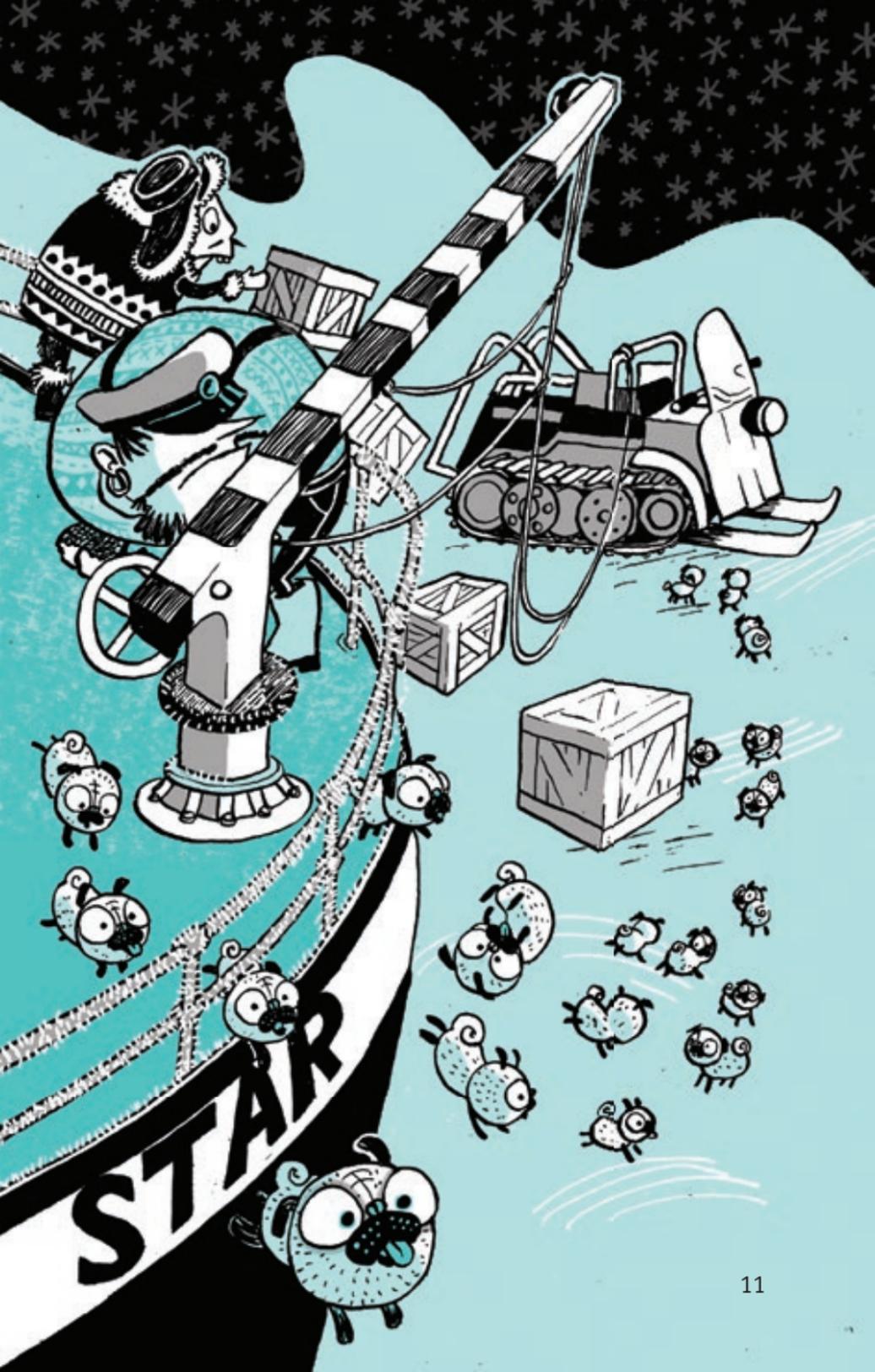


que, según el capitán Puggs, se venderían como churros.

Ahora, encerrados en la bodega y con el agua helada lamiéndoles las zarpas, los minichuchos aullaban desesperados.

—¡Los chuchos! —gritó Shen—. ¡Tenemos que salvar a los chuchos!

Brotedesoja y Bo se abalanzaron por la escalera de la bodega y subieron, tambaleándose bajo el peso de las cajas de jerséis. El capitán Jeggings lanzó la moto por la borda. Shen, mientras, fue volcando las cajas



en las que viajaban los carlinos. Los perrillos subieron como locos a cubierta y saltaron sobre la borda para aterrizar en el hielo.

Shen sabía que las ratas abandonaban los barcos cuando estos naufragaban, pero jamás había oído hablar de minichuchos que escapan de un barco helado. «Nunca te acostarás sin saber una cosa más», pensó mientras arrastraba un saco que contenía las correas de los chuchos y lo arrojaba al hielo.

El *Lucky Star* volvió a estremecerse, estrujado por los colmillos del hielo. Los remaches de la cubierta saltaron como corchos de champán, y la chimenea tembló como un árbol a punto de caer.



—gritó el capitán Jeggings, y saltó por la borda.

Pero Shen se acababa de acordar de algo.

–¡La comida de los chuchos! –gritó–. ¡Está en la bodega!

–¡Pues déjala ahí! –chilló Bo, saltando del barco junto a Brotedesoja.

Shen les pasó al chucho más menudo, que aún no había bajado, y luego saltó con ellos.

Con un último esfuerzo, el hielo despachurró el viejo barco.

Shen y los chuchos, temblorosos, observaron cómo el capitán Jeggings y los dos marineros preparaban la moto de nieve. El motor carraspeó y gruñó al arrancar. Los marineros apilaron las cajas de mercancía en la parte de atrás... Pero no quedaba sitio para los perros.

–¡No podemos abandonarlos aquí! –se desesperó Shen.

–¡Pues tampoco podemos quedarnos con ellos! –repuso el capitán–. El hielo podría derretirse tan rápido como se ha formado, ¿y qué sería entonces de nosotros? Estaríamos en mitad del mar, sin barco debajo. Resultaría de lo más incómodo...



(Aunque le había dicho a Shen que los perros se venderían como churros, en realidad pensaba venderlos como empanadas: su tía tenía una tienda de empanadas en su ciudad natal, y siempre estaba buscando nuevos ingredientes. Dado que los chuchos eran, con diferencia, lo menos valioso de la carga, el capitán había decidido abandonarlos).

–¡Tal vez nos sigan! –dijo Shen encarándose en la moto de nieve junto a sus tres compañeros–. ¡Vamos, perrillos! –los llamó.

Los chuchos inclinaron la cabeza y lo miraron.



De sus chatos morros brotaban nubecillas de vaho, como si fueran sesenta y seis dragones diminutos.

La moto de nieve se puso en marcha con un rugido. Las cajas apiladas en la parte trasera se tambalearon cuando el vehículo empezó a serpentear entre las olas congeladas.

Los minichuchos, sentados en el hielo, observaron cómo se alejaba.

—¡Vamos, perrillos! —se desgañitó Shen; pero los chuchos no parecían comprenderle.







–¡Espéreme, capitán! –exclamó Shen mientras se apeaba de un salto.

Las olas de hielo resbalaban como si fueran de cristal enjabonado. Shen patinó sobre ellas hasta llegar a los perrillos. Cuando lo vieron, salieron a su encuentro meneando la cola.

–¡Vamos, chuchejos! –dijo Shen acariciando sus sesenta y seis suaves cabecitas, mientras lo lamían sus sesenta y seis lengüecillas–. ¡Tenéis que seguir al capitán Jeggings!



Pero, cuando se giró para mirar la moto de nieve, no la vio por ninguna parte. Quizá el capitán no le hubiera oído cuando Shen le pidió que le esperase... o quizá hubiese decidido que no merecía la pena esperar a Shen y a los sesenta y seis carlinos.





